

¿EL POETA DEL DECEMBRISMO?¹

Alexander Serguéievich Pushkin se convirtió en figura literaria de importancia nacional a los 15 años, cuando Gavril Derzhavin, la gran figura de las letras rusas, lo escuchó con embelesada atención leer su composición para los exámenes de tercer año en el Tsarskoe Selo Lycée. Derzhavin proclamó que el joven debía asumir su responsabilidad, y los principales *litérateurs* de San Petersburgo reconocieron inmediatamente su talento: «el granuja nos ganará a todos!», escribió el príncipe Piotr Viazemski, más tarde amigo íntimo de Pushkin. Durante el resto de la breve y turbulenta vida de éste, tanto los elogios como las críticas fueron cargados de un sentimiento de expectación nacional; muchos lo consideraban no sólo el escritor más dotado de Rusia, sino también una personificación de su destino literario. El proceso de mitologización había comenzado incluso durante su vida: en 1834 Nikolai Gogol lo describió como «una manifestación única del espíritu ruso», afirmando que «el campo, el alma, la lengua y el carácter de Rusia se reflejan en él con la pureza y la perfección inmaculada con la que un paisaje se refleja a través de la superficie convexa de una lente».

La elección de metáfora por parte de Gogol es reveladora: Pushkin se convirtió rápidamente en un prisma a través del cual los otros podían refractar las mitologías que desearan: es famosa la de Dostoyevski, que afirmó, al descubrir un monumento a Pushkin en Moscú, en 1880, que el poeta personificaba precisamente esa cualidad de «receptividad universal» que permitiría a Rusia redimir a la humanidad a través de la hermandad cristiana. Desde finales del siglo XIX, el aniversario del nacimiento de Pushkin, en 1799, y el de su muerte, en 1837, han sido marcados con gran bombo, en igual medida, por los regímenes zarista, soviético y postsoviético; y con las correspondientes distorsiones de la realidad de su vida y de los significados de su arte. La biografía magníficamente producida e impresionantemente detallada de T. J. Binyon tiene por objetivo, «con toda humildad, liberar a la compleja e interesante figura del Pushkin hombre de la simplicidad heroica del Pushkin mito». Binyon ha emprendido varios años de investigación de archivo, que le proporcionaron gran can-

¹ T. J. BINYON, *Pushkin. A Biography*, HarperCollins, Londres, 2002, 731 pp.

tividad de sendas documentales entrecruzadas que él sigue con admirable claridad forense. Pero Pushkin es retratado aquí mediante la triangulación de personas, acontecimientos y circunstancias, más que a través de la evolución de su pensamiento o de sus actitudes; el resultado es una obra legible y erudita que resiste firmemente cualquier tergiversación sentimental, pero cuya atención cercana a hechos y conexiones tangibles sólo puede arrojar una luz parcial sobre las complejidades que describe.

Pushkin nació en Moscú el 26 de mayo de 1799, de padres con unos orígenes drásticamente distintos, de los que Pushkin estaba igualmente orgulloso. Su madre descendía de Abram Petrovich Gannibal, el siervo negro de Pedro el Grande, y posteriormente una figura importante en la corte imperial; normalmente se dice que es de origen abisinio, pero estudios más recientes sugieren que tal vez procediese del noreste del actual Camerún. La familia Pushkin, por el contrario, afirmaba descender de una antigua nobleza moscovita que había sido, en palabras de Binyon, «sumergida con la llegada de la nueva nobleza» tras la introducción de la Tabla de Rangos en 1722. Las circunstancias económicas de ambas familias eran relativamente complicadas, ya que Abram Gannibal cayó en desgracia mucho antes de su muerte, y los Pushkin estaban, como la pequeña nobleza en decadencia de cualquier otra parte, acostumbrados a una vida que ahora superaba sus medios. Pushkin mantendría toda su vida un sentimiento de orgullo aristocrático herido, cuyo corolario material era la constante inseguridad económica que no haría sino aumentar en los últimos años.

Niño torpe y regordete, Pushkin no disfrutó del amor de ninguno de sus progenitores y se quedó en buena medida al cuidado de su abuela, María Gannibal. La familia se trasladaba de casa con inquietante frecuencia, pero la pasión de Pushkin por la lectura se mantuvo intacta: a los diez años había leído a Racine, Molière, la *Iliada* y la *Odisea*, y era devoto de Voltaire, de cuya *Henriade* escribió una parodia hacia los ocho años. También se había sumergido en la colección de relatos eróticos franceses de su tío Vasili. Quizá fuese su precoz conocimiento de los temas sexuales además de su familiaridad con la literatura francesa lo que le valió el apodo de «El Francés» en el Lycée de Tsarskoe Selo, el antiguo retiro de Catalina la Grande, situado a 24 kilómetros al sur de San Petersburgo; la ciudad se llama ahora Pushkin. El Lycée, al que asistió entre 1811 y 1817, y cuyo programa progresista pretendía infundir en los jóvenes de la elite de la nación nociones de derechos y deberes cívicos, proporcionó a Pushkin muchos amigos para toda la vida, notablemente, su futuro colaborador literario, Antón Delvig; Konstatin Danzas, que actuaría de padrino en el duelo que le costó la vida; y los futuros decembristas Wilhem Küchelbecker e Iván Pushchin. Pushkin superó a duras penas sus estudios –normalmente era uno de los últimos de la clase; sus mejores asignaturas eran literatura rusa y francesa y esgrima– pero floreció poéticamente, produciendo epigramas y estrofas de cuatro versos «casi de manera inconsciente». Binyon relata que un alumno que se puso enfermo

encontró al despertar cuatro líneas de verso rimado garabateadas en la cabecera de su cama. La impresión que se saca es la de que mantenía una incesante y febril energía, que tenía una mente altamente inventiva «más ardiente y sutil que profunda», en palabras de uno de los boletines de notas escolares que Pushkin recibió en 1812.

Pushkin llegó a San Petersburgo en 1817, siendo ya *de facto* miembro del grupo literario de la capital, gracias a los poemas publicados cuando todavía estudiaba en el Lycée. Era nominalmente empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero parece que apenas aparecía por el despacho. Por el contrario, pasó los siguientes tres años en medio de una enorme actividad social y literaria que Binyon evoca con obvio placer. En la residencia de sus padres, situada en el poco atractivo distrito de Kolomna, en San Petersburgo —la familia se había trasladado en 1814 de una Moscú arrasada por el fuego—, Pushkin llevaba una vida disipada: su vecino, el barón Korff, consideró que representaba «el tipo más asqueroso de depravación». Aunque los principios morales de Pushkin no eran excepcionales para un hombre de su edad y clase social, la absoluta dedicación a la vida disipada era más inusual. Las frecuentes enfermedades que sufrió de sus visitas al burdel, sin embargo, le daban al menos mucho tiempo para leer y escribir. La épica burlesca titulada *Ruslan y Liudmila*, un contrapeso humorístico a la *Historia del Estado ruso* de Karamzin (1818) que devoró por esa época, fue escrita a lo largo de varios periodos de convalecencia entre 1812 y 1820. Vestido con levita y sombrero de copa, con pelo rizado y uñas inusualmente largas, Pushkin hacía también todo lo posible por llamar la atención en el *beau monde*, retando a duelo con la menor excusa y provocando discusiones en las que pudiera mostrar su afilado ingenio. Durante una discusión en un teatro, por ejemplo, anunció que sólo se había refrenado de abofetear a su contrario porque los actores podrían confundirlo con un aplauso. Los gestos impetuosos eran una constante en el repertorio de conducta de Pushkin, y parecían derivar de la misma combinación de inquietud e imprudencia que se podía observar en sus años en el Lycée. Tenía tendencia a experimentar cambios bruscos de humor y entusiasmos, su volatilidad a menudo se desbordaba hasta convertirse en autodestructividad. Era capaz de atacar cuando las frustraciones se acumulaban, en palabras de Binyon, «sin que le importase mucho —al contrario, casi esperando— que pudiese, como Sansón en Gaza, hacer que todo el edificio de su vida se le viniese encima».

La exaltación juvenil de Pushkin también encontró expresión política en los poemas que escribió entre 1817 y 1820, cuando su círculo incluía a varios representantes de las tendencias progresistas surgidas tras la victoria sobre Napoleón: principalmente los hermanos Turguéniev, Alexander y Nikolai, y el pensador Petr Chaadáiev; en 1818, Pushkin le dedicó un poema a este último, que terminaba con las palabras «y sobre las ruinas de la autocracia/se inscribirán nuestros nombres». En 1817, Pushkin escribió un conmovedor ataque contra el absolutismo —«¡Temblad, tiranos del mundo!»— titulado «Oda a la libertad», un poema que Binyon califica de

«importancia talismánica» para la generación que compondría el núcleo de la revuelta decembrista en 1825. Las simpatías políticas de Pushkin en ese momento coincidían con las de la juventud liberal del imperio: era partidario de abolir la servidumbre y propugnaba una monarquía vinculada al imperio de la ley, nociones consideradas claramente sediciosas por las autoridades. Sus versos procaces y sus epigramas insidiosos eran otra prueba de su peligroso librepensamiento, y se consideraba a Pushkin emblema de una amenaza emergente contra el orden autocrático: sus poemas circulaban ampliamente en versión manuscrita, e incluso los cuerpos de oficiales se los sabían de memoria. Alejandro I ordenó su exilio a Siberia.

Por suerte para Pushkin, sus influyentes amigos Zhukovski y Viazemski intercedieron en su nombre para mitigar la pena. Exiliado a Kishiniov y después a Odessa entre 1820-1824, se suponía que debía trabajar en la administración de los territorios del sur. Pero al contrario que su contemporáneo Griboedov, que emprendió vigorosamente una carrera diplomática junto con sus preocupaciones literarias (véase *NLR* 14), parece que Pushkin nunca se plegó a los deberes de funcionario. En 1820 realizó un largo viaje a Kishiniov, a través del Cáucaso y de Crimea, y el exotismo de la región le inspiró obras como *El prisionero del Cáucaso* y *La fuente de Bajchisarai*. La primera se basa en buena medida en el *Atala* de Chateaubriand y en «El infiel» y «El corsario» de Byron, que Pushkin leyó en su traducción francesa, aunque utilizó un libro de poemas de Byron como libro de texto para sus primeros intentos de aprender inglés. *El prisionero del Cáucaso* incluía también un epílogo en el que glorificaba la conquista rusa de la región, por el que varios de sus amigos lo reprendieron; Viazemski, por ejemplo, se escandalizó: «los himnos de un poeta nunca deberían ser elogios de la carnicería», escribió a Alexander Turguéniev en 1822. Pero muchos jóvenes liberales rusos saludaron con entusiasmo la brutal expansión del imperio hacia el sur, dirigida por el general Alexei Ermolov desde 1816 a 1827. El empalagoso elogio de Pushkin a éste no era excepcional. Como Binyon señala, sin embargo, hay un paradójico contraste entre la aprobación que Pushkin da a la «pacificación» que tuvo lugar aquí y su apoyo a la independencia griega; una lealtad a Byron atemperada por la decepción que le causaron los dirigentes de *Hetaireia* que conoció en Kishiniov.

El exilio a las orillas del mar Negro inevitablemente trajo el destino de Ovidio a la mente de Pushkin. Vuelven la oscuridad y la cólera —«Bajo de las tormentas del áspero destino / Se ha marchitado mi corona floreciente»— pero los inauditos 8 rublos por verso que le reportó *La fuente de Bajchisarai* sugerían que podría vivir completamente de su escritura. La promesa de independencia material sólo puede haber aumentado su desdén por el puesto burocrático y ampliado el aire arrogante con el que se movía por Kishiniov y Odessa. En Chisiniov empezó a escribir la novela en verso *Eugenio Oneguín*, cuyos primeros capítulos retratan el torbellino social de San Petersburgo con chispeante ingenio e inventiva lingüística, en estro-

fas de 14 versos con una rima adaptada del soneto, que recuerda, en opinión de Nabokov, a algunos pasajes de las fábulas de Lafontaine, pero que nunca se desplegó consistentemente como forma hasta Pushkin. Escrita entre 1823 y 1831, *Eugenio Oneguín* debe mucho al *Beppo* de Byron, una deuda que Pushkin reconoció en una nota preliminar de 1825, cuando se publicó el primer capítulo; los capítulos posteriores se publicaron bianualmente. Pero el narrador bromista y tendente a la divagación de Pushkin, que constantemente se inmiscuye y hace comentarios sobre los protagonistas, se basa también en Sterne, a quien aquél admiraba desde hacía tiempo. A mediados de la década de 1820, Pushkin se había alejado de su pasión por Byron hacia una apreciación crítica. Comentando la muerte de éste, en 1824, mantuvo que «el genio de Byron palideció con su juventud [...], después del cuarto canto de *Childe Harold* no volvimos a oír a Byron, era otro poeta con un elevado talento humano el que escribía». (Éste era un juicio cuestionable, ya que Pushkin no debía de haber leído aún muchas de las últimas obras de Byron.) A finales de la década de 1820, Pushkin se burlaba ligeramente de sus anteriores entusiasmos: en el capítulo siete de *Eugenio Oneguín*, Tatiana se burla del mal humor a la moda que tiene Eugenio, llamándolo «moscovita disfrazado de [Childe] Harold»; «¿no es él una parodia?».

Como en San Petersburgo, Pushkin pasó buena parte de su tiempo en Kishiniov y Odessa jugando –a menudo apostando sus manuscritos–, en juergas, batiéndose en duelo –practicaba su puntería sujetando las cartas en las paredes de su habitación con balas de cera– y persiguiendo ardentemente a una sucesión de mujeres. De acuerdo con Binyon, Pushkin «se enamoraba con violencia, repetidamente, a la menor excusa». Entre los primeros enredos se incluyeron el enamoramiento de la esposa de Karamzin y una aventura con una taquillera del zoo de San Petersburgo. Las relaciones de Pushkin con el sexo opuesto parecen haber caído en buena medida en dos categorías: apegos profundamente emocionales y otros puramente eróticos, y algunas relaciones casi maternas que formaban un confuso tercer tipo. Entre estas últimas se encontraba su amistad con Vera Viazemskaja, esposa de su amigo Petr Viazemski, que le escribió a su esposo en 1824: «estoy intentando adoptarlo como hijo [...] si fuera menos feo, lo llamaría querubín». También mientras estaba en Odessa desarrolló una intensa pasión por Elise Vorontsova, esposa del gobernador general de la Nueva Rusia, y superior de Pushkin. La irritación de Vorontsov con el autor fue en parte responsable de que desterrasen a Pushkin fuera de Odessa, aunque el pretexto inmediato fue el completo abandono de sus deberes de poner solución a una plaga de langosta. «La sauterelle l'a fait sauter!», bromeó su tío.

Aunque durante su exilio se mantuvo aislado de los círculos políticos y literarios, y desde 1820 fue mucho más circunspecto respecto a sus inclinaciones liberales, Pushkin hizo comentarios ateos informales en su correspondencia. Esto provocó de nuevo la desaprobación del emperador quien, al aceptar trasladar a Pushkin de Odessa, decidió que habría

que alejarlo más del camino del mal. De 1824 a 1826, estuvo prácticamente bajo arresto domiciliario en la finca que la familia Gannibal tenía en Mijailovskoe, 220 kilómetros al suroeste de San Petersburgo; sus espurios planes para conseguir permiso para viajar al extranjero fracasaron, y sus peticiones de que se le permitiese visitar San Petersburgo fueron rechazadas, profundizando su sentimiento de cautividad en las interminables profundidades rurales de Rusia.

En una página del manuscrito de *Eugenio Oneguín*, Pushkin dibujó una horca de la que colgaban cuatro cadáveres. Supo de la ejecución de los líderes de la rebelión decembrista el 24 de julio de 1826; conocía a los cinco, y a muchos más de los exiliados a Siberia. A estos últimos les dedicó un poema de 1827: «Caerán vuestras pesadas cadenas, / Se desmoronarán vuestras prisiones; y la libertad / Os saludará con gozo en la puerta, / Y vuestros hermanos os pondrán una espada en las manos». La ausencia de Pushkin de las grandes ciudades imperiales en los años anteriores a 1825 descartaron que estuviese involucrado en la conspiración, al igual que el hecho de que no fuese digno de confianza en absoluto. Como señala Binyon, en general lo consideraban «un chiflado, atolondrado, desafortunado y disoluto joven vividor [...] cuya razón parecía demasado a menudo ausente». Pero las simpatías de Pushkin se conocían, y buena parte de los testimonios presentados en los juicios contra los decembristas mencionaban su influencia. Nicolás I envió un espía a Mijailovskoe para que le informase sobre «la conducta del conocido versificador Pushkin, sospechoso de acciones tales como incitar a los campesinos a la libertad». En agosto de 1826 se limpió el nombre de Pushkin—aparentemente el párroco local dijo: «no se mezcla en nada y es tan tímido como una jovencita»—y en septiembre de 1826 fue convocado a Moscú para una audiencia con el zar recientemente coronado.

Nicolás empezó por preguntarle si hubiese estado entre los rebeldes del diciembre anterior. Pushkin respondió que ciertamente lo habría hecho. Pero esto no parece haber sido tanto un acto de desafío político como una cuestión de honor, ya que las acciones y los escritos posteriores de Pushkin sugieren que se acomodó al orden autocrático, en su encarnación más reaccionaria. Se había vuelto cada vez más precavido en sus opiniones políticas, desde que provocaron su destierro de San Petersburgo en 1820, y al tiempo que el aislamiento provinciano le dejaba claro gradualmente el coste personal que le suponía la oposición, el fracaso de la rebelión decembrista enterraba las mayores esperanzas de toda una generación. Un cambio importante en la actitud de Pushkin parece, en cualquier caso, haber tenido lugar en Mijailovskoe, dado que aparentemente en su audiencia con Nicolás comparó la posición de este zar con la de Pedro el Grande al comienzo de su reinado, quizá insinuando también una potencial igualdad en la estatura histórica de ambos. Poemas posteriores mostraron más claramente la adulación al zar: «sencillamente me he enamorado de él», expresaba Pushkin en 1828, después de que Nicolás reanudase las hostilidades con Persia, añadiendo «De repente ha vigori-

zado a Rusia / Con la guerra, las esperanzas y los trabajos». En 1831, Pushkin incluso ofreció crear una revista que el gobierno podría usar «como arma en su acción sobre la opinión pública».

El zar, por su parte, manifestó inicialmente que estaba encantado con «mi Pushkin». Quizá también lo liberase del exilio en un sagaz movimiento para conciliar a la opinión liberal, después de haber tratado tan despiadadamente a los decembristas. Su generosidad se extendió aún más: suspendió los habituales procedimientos de censura para Pushkin, que ahora enviaría sus obras directamente al propio zar. Pero lo que al escritor le pareció inicialmente una ventaja se convirtió en una obstrucción siniestra, ya que ahora su producción literaria pasaba por la vigilancia de la Sección Tercera, la policía secreta de Nicolás. Pushkin no podía siquiera recitar uno de sus poemas sin la aprobación policial y estuvo el resto de su vida bajo constante vigilancia. La personalización de la relación entre el escritor y el autócrata, junto con las intensas y enmarañadas corrientes de desconfianza y respeto que fluían entre ellos, recuerda a la dependencia llena de temor que escritores soviéticos como Bulgakov o Pasternak sentían respecto a Stalin; pero mientras que el poder de éste derivaba de la amenaza de una represión futura, Pushkin estaba unido a Nicolás por una admiración aparentemente genuina y por la gratitud debida a su liberación del exilio anterior.

La acomodación política de Pushkin fue acompañada por cierta recalibración de las costumbres. El ateísmo se batía ahora en retirada: en 1825, Pushkin ofreció de una manera un tanto incongruente una misa por el reposo del alma de Byron. Al mismo tiempo, una carta escrita en diciembre de 1826 a su amigo Vasili Zubkov sugiere un inminente adiós a las disipaciones de su juventud: «mi vida hasta ahora tan extraviada, tan tormentosa; mi carácter tan variable, celoso, susceptible, violento y débil, todo al mismo tiempo; eso es lo que me da momentos de dolorosa reflexión». Nuevas razones para reflexionar debió de darle su aventura con Olga Kalashnikova, hija del administrador de Mijailovskoe. Olga le dio un hijo en el verano de 1826, y fue inmediatamente enviada a la finca que el padre de Pushkin tenía en Boldino, en la provincia de Nizhni Novgorod, donde el niño murió dos meses y medio después.

En 1829, Pushkin elaboró la denominada «lista de Don Juan» de sus pasados amores: dos columnas con dieciséis y veintinueve nombres, que aparentemente se referían respectivamente a relaciones serias y enamoramientos más fugaces. Entre estos últimos se incluían Vera Viazemskaja, Olga Kalashnikova y Elise Jitrovo, una mujer mayor cuyo amor por Pushkin no parece haber sido correspondido, pero de quien claramente Pushkin apreciaba su inteligente conversación y su conocimiento de los asuntos del momento. De hecho, parece haber sido la única mujer cuyas opiniones respetaba. Las actitudes de Pushkin hacia el sexo opuesto ofrecían poca esperanza de verdadera intimidad. Disponía, por otra parte, de una buena reserva de misoginia: «las mujeres son iguales en todas partes», escribió en un artículo de 1827.

La naturaleza, que las ha provisto de una mente sutil y de la más delicada sensibilidad, les ha negado prácticamente el sentimiento de lo bello. La poesía se desliza por sus oídos sin llegarles al alma [...]. Escuchen sus opiniones literarias y les asombrará la falsedad, incluso la ordinarietà de su entendimiento [...]. Las excepciones son raras.

Es improbable que entre esas excepciones se encontrase la última persona incluida en la lista más corta de las columnas de Don Juan, Natalia Goncharova, con quien Pushkin se casó el 18 de febrero de 1831. Binyon es mucho más caritativo con la esposa de Pushkin que los anteriores biógrafos —en 1926 el príncipe Mirski la describió como «una muñeca hermosa (y malcriada), un juguete caro, como mucho»— pero está claro que Pushkin no la consideraba una compañera intelectual. Por el contrario, era una joven atractiva y a la moda, una acompañante adecuada para un *habitué* de los círculos cortesanos, como Pushkin se convirtió a finales de la década de 1820. Binyon hace todo lo posible por darnos una imagen de felicidad conyugal —cuatro hijos y una corriente de cartas preocupadas, a veces cariñosas, otras severas, son los testigos estelares— y quizá por esta razón olvide mencionar una supuesta relación entre Pushkin y su cuñada Alexandra Goncharova en 1836-1837. Las pruebas son insustanciales, pero el rumor persiste, y se trata en otras biografías menos exhaustivas de Pushkin, como el sólido estudio publicado por Elaine Feinstein en 1998. El que Binyon no tenga en cuenta esta posibilidad, ni siquiera para rechazarla, es inexplicable si se tiene en cuenta el tratamiento poco remilgado que da a aspectos menos agradables del carácter de Pushkin.

Entre éstos sobresale su respaldo al imperialismo ruso. Las guerras con Persia en 1826-1828 y con Turquía en 1828-1829 endurecieron el control ruso sobre el mar Negro y el Cáucaso, y en 1829 Pushkin se apresuró a seguir la estela del ejército del general Paskievich, en ruta hacia Erzurum, pasando a visitar a su héroe retirado, Ermolov, en su camino hacia el sur. La rebelión polaca de 1830, por su parte, suscitó en Pushkin un sentimiento del cual Viazemski opinó que «sería pecaminoso llamarlo patriotismo, pues se acercaba más al fariseísmo». En una carta escrita a Elisa Jitrovo en diciembre de 1830, por ejemplo, Pushkin escribió: «no podemos sino compadecer a los polacos. Somos demasiado poderosos para odiarlos, la que está a punto de empezar será una guerra de exterminación; o debería serlo». Su principal preocupación en aquel momento era si las potencias europeas se mantendrían al margen para permitir que los rusos resolviesen lo que él denominó, en una oda triunfal celebrando la caída de Varsovia, publicada al año siguiente, «una disputa entre eslavos». Viazemski se sintió consternado —«ve a elogiar al gobierno por tomar tales medidas si te pican las rodillas y sientes una irresistible necesidad de arrastrarte con la lira en las manos»— pero Binyon observa que el chovinismo de Pushkin no era adulador, sino inquietantemente sincero.

El elogio a las odas de Varsovia llegó de un punto inesperado. Chaadáiiev, que en 1829 había escrito una polémica sobre la insignificancia mundial

e histórica y la continua barbarie de Rusia, escribió para felicitar a Pushkin: «al fin se ha convertido usted en un poeta nacional». El elogio —a pesar de lo extraño de la fuente— debe de haber agradado mucho a Pushkin, cuya reputación había disminuido continuamente desde el calurosísimo recibimiento dado a *Ruslan y Liudmila*, y a los primeros capítulos de *Eugenio Oneguín*. Aunque muchas de las obras clave no se publicaron en vida de Pushkin, desde mediados de la década de 1820 su producción fue increíblemente variada: aparte de la corriente usual de epigramas, escribió obras en una prosa sobria y elegante cuyas economías no se apreciaron bien en aquel momento: *La reina de espadas* (1834), los alegres *Cuentos de Belkin* (1831), notas de viaje y artículos críticos; había también obras dramáticas —*Boris Godunov* (1825) y *Pequeñas tragedias* (1830)— y poemas épicos, como *El caballero de bronce* (1833) y *Poltava* (1828), esta última celebrando la victoria de Pedro el Grande sobre Carlos XII de Suecia en 1709. Dos obras en prosa que emergieron de su investigación sobre las revueltas campesinas de 1773 a 1775, *La hija del capitán* (1835) e *Historia de la rebelión de Pugachov* (1833), atestiguan también la creciente preocupación de Pushkin por la historia rusa, un campo «hasta ahora sin cultivar», como él dijo en 1836.

Pushkin disentía vehementemente de la negativa evaluación que Chaadáiév hacía del destino ruso, señalando su poder imperial del momento como «algo que impresionará al historiador futuro», y pondrá a Rusia a la par con Europa. El iniciador del ascenso del país a un lugar importante fue, para Pushkin, Pedro el Grande, que ha ejercido una tremenda fascinación en muchos rusos. «Me aproximo a Pedro con temor y temblando», escribió el autor en abril de 1834, hablando de una obra que a su muerte dejó inconclusa; el protagonista de *El caballero de bronce*, que se vuelve loco de dolor al morir su amada en la inundación que sufrió San Petersburgo en 1824, imagina que la estatua de Pedro realizada por Falconet cobra vida y lo persigue por las calles con pasos ominosos y metálicos. El poema fue concebido como respuesta a los versos escritos en 1832 por el poeta polaco y hasta entonces amigo de Pushkin Adam Mickiewicz, que se sintió amargamente decepcionado por el placer demagógico que manifestó Pushkin ante el aplastamiento de la resistencia polaca. Se habían conocido en 1826, cuando a Pushkin le había impresionado tanto el talento del otro para la improvisación que se arrojó sobre el cortés Mickiewicz y exclamó: «¡Qué genio! ¡Qué sagrado fuego! ¡Qué soy yo comparado con él!». Se tradujeron poemas mutuamente y mantuvieron cada uno un respeto por los talentos del otro. En 1837, Mickiewicz lanzó un reto abierto al hombre que mató a Pushkin, con la intención de vengar su muerte.

Los orígenes del duelo están en la persecución a la que fue sometida Natalia por Georges d'Anthès, un joven aristócrata francés que se hizo pasar por hijo adoptado del embajador holandés, barón Heeckeren (estudios recientes sugieren convincentemente que ambos cohabitaban como amantes). Binyon establece que Natalia se resistió firmemente a los avan-

ces de D'Anthès, mientras que anteriores biógrafos consideraban que el interés de éste era alegremente correspondido. Sea cual sea la verdad de la situación, el 4 de noviembre de 1836, Pushkin recibió una carta anónima en la que lo nombraban «coadjutor del gran maestro de la orden de los cornudos». La autoría de la carta es muy discutida, pero Pushkin supuso que era obra de Heeckeren e inmediatamente retó a D'Anthès a duelo. Siguió una serie de complicadas negociaciones durante las cuales Heeckeren recurrió al subterfugio de que D'Anthès estaba en realidad enamorado de la hermana de Natalia, Ekaterina. Pushkin era profunda y justificablemente escéptico, pero D'Anthès siguió la mentira hasta el final y se casó con Ekaterina el 10 de enero de 1837.

Sin embargo, renovó inmediatamente sus coqueteos, y Pushkin lo retó de nuevo tan sólo unos quince días más tarde. El 27 de enero, ambos intercambiaron disparos. La bala de D'Anthès atravesó el abdomen de su contrario y le destrozó el sacro. La agonía de Pushkin duró dos días, en los cuales su piso estuvo lleno de visitantes que entraban y salían. Tras la confesión, Pushkin recibió una carta de Nicolás I en la que le prometía ocuparse de su familia, una preocupación constante y creciente del escritor en sus últimos años, a medida que los gastos provocados por su estilo de vida y las deudas del juego se multiplicaban. (A su muerte debía 138.988 rublos, mientras que en todo el periodo 1820-1837 ganó un total de 255.180 rublos.) Murió en la tarde del 29 de enero, y tal fue la demostración pública de dolor tras la noticia –se dijo que 10.000 personas habían desfilado por su casa, situada frente al Moika, para manifestarle sus respetos– que las autoridades intervinieron en el entierro, convencidas de que una mayor muestra de sentimiento popular «representaría en cierta medida una indecente escena de triunfo para los liberales», como indicó un informe del cuerpo de gendarmería. A última hora se cambió de emplazamiento, el cadáver fue trasladado en plena noche a lo largo de una ruta flanqueada por cientos de soldados. Alexander Turguéniev acompañó al ataúd hasta su lugar de descanso definitivo, en el monasterio de Sviatigorski, en la provincia de Pskov, donde Pushkin fue enterrado junto a una madre de la que en vida nunca estuvo cerca.

Su reputación literaria no empezó a recuperarse hasta la década de 1850, pero había alcanzado sus actuales alturas irrefutables en 1880. La velocidad y solidez del proceso puede atribuirse en parte a la sobresaliente cosecha de escritores y críticos de la segunda mitad del siglo XIX –Dostoyevsky, Tolstoi, Turguéniev, Belinski–, todos los cuales reconocieron la inmensa deuda que la literatura rusa tenía con Pushkin. La enorme amplitud de su producción da la impresión de una Creación literaria, de que todas las formas potenciales llegan en un instante explosivo. En 1880, Iván Turguéniev, hablando en la inauguración del monumento a Pushkin, pareció sugerir precisamente esa función demiúrgica: «exclusivamente sobre Pushkin recayó el cumplimiento de dos tareas, que en otros países han ido separadas al menos por un siglo: establecer una lengua y crear una literatura». Pero en 1921, el crítico formalista Boris Eijembaum habló de Pushkin como «el

fin del largo camino recorrido por la poesía rusa del siglo XIX», un asimilador de las anteriores tradiciones del siglo cuya «misión histórica» fue la de «mantener el equilibrio del lenguaje poético ruso». De hecho, la precisión formal y la lacónica expresividad de Pushkin sugieren un temperamento clásico, atravesado, más que impregnado, por las pasiones románticas y el trueno de Byron.

El mítico prestigio de Pushkin en Rusia, sin embargo, no se extendió al otro lado de las fronteras. Su falta de admiradores extranjeros —Prosper Mérimée tradujo alguno de sus poemas y escribió su primer artículo crítico sobre él en una lengua extranjera en 1868, pero a su amigo Flaubert no le impresionó: «Il est plat, votre poète»— se debe en parte a la dificultad de trasladar la perfecta fluidez de su lenguaje en los diferentes registros y modos. El estilo de Pushkin refleja y amplía la economía gramatical y la flexibilidad propias del ruso. Está además la brillantez de su inventiva verbal, que complicaría cualquier búsqueda de equivalentes. Quizá no sea sorprendente que Pushkin debiese buena parte de su fama inicial en occidente a las escenificaciones musicales de sus obras —el *Ruslan y Liudmila* de Glinka (1842) y sobre todo el *Eugenio Oneguín* (1881) y *La reina de espadas* (1890) de Tchaikovski— y que su prosa se difundiera ampliamente mucho antes que el verso.

Binyon capta bien la inquieta energía de Pushkin, y el nivel de detalle del libro es formidable. Su sólida resistencia a la hagiografía es también encomiable. Pero aunque hace un uso certero de las palabras de Pushkin en algunos casos —su sinceramente sangriento imperialismo, por ejemplo, o el que convirtiera a las mujeres en objetos— nos ofrece una sensación comparativamente pobre de la mente que hay tras las contradicciones y los enfrentamientos. La voluminosa correspondencia de Pushkin se utiliza más a menudo para confirmar hechos que para revelar opiniones. Hay esporádicas referencias a las lecturas de Pushkin, pero no se indica su voracidad ni su carácter: de su biblioteca, compuesta por poco más de 1.500 ejemplares, dos tercios eran en idiomas extranjeros; un vistazo a la lista confeccionada por otros especialistas revela, entre otras cosas, un sustancial interés por la guerra civil inglesa y por la Revolución Francesa. La timidez de Binyon respecto a las ideas —que, después de todo, constituyen un componente esencial aunque intangible del mundo de Pushkin— deja el intelecto de Pushkin en buena medida sin cartografiar, un mar de tormentas e incongruencias. Pero el objeto de estudio de Binyon es un vidrio defectuoso cuyas fracturas impiden obtener una claridad prismática, y hay ricos testimonios aquí sobre el mundo en el que se desplegaron las paradojas de Pushkin.